

Por mi patria y por mi bandera

11 de abril de 1931. Calahorra, La Rioja, España.

El general José Antonio Primo de Rivera tiene su base del ejército en la capital española. Más de 300000 soldados españoles jóvenes ingresaron en el ejército para dar su vida por su patria y por su bandera, al igual que sus antepasados. Ciertamente es, que muchos de ellos murieron en plena guerra o fusilados. Marcos Martínez, un muchachito fuerte, con veinte añitos, entró en la fortaleza de la base hace unos cuatro años por voluntad propia, impulsado por su padre. Este muchacho no necesitaba la ayuda de nadie para defenderse, porque su padre le había enseñado técnicas de autodefensa cuando era muy chico; y sabía muy pero que muy bien cuidarse por sí mismo. Alfonso XIII reinaba por entonces. El pobre no tuvo mucho éxito porque le tocó reinar en una época muy compleja entre tanto golpe de Estado y tanta conspiración.

14 de abril de 1931.

MIRIAM ÁLVAREZ: (con seguridad) ¡Calagurritanos! ¿Acaso soy la única que quiere luchar por conseguir la aprobación de que las mujeres también podamos tener derecho a votar?

CLARA CAMPOAMOR: (coge el megáfono) ¡¡Escuchadnos, pueblo de Calahorra!! ¡Al igual que mi prima Miriam, estoy harta de que solo los hombres puedan votar en las elecciones municipales! ¡Harta de que no exista el divorcio! Si una mujer no ama a su esposo tiene todo el derecho del mundo a separarse de él y encontrar el amor verdadero. ¡Las mujeres no somos unas marionetas del poder! ¡Las mujeres no somos títeres de los hombres! ¡Las mujeres somos el futuro!

VOZ UNO: Estas dos mujeres tienen razón. ¡Vayamos al palacio a reclamar nuestros derechos!

VOZ DOS: Seguro que el muy miserable no es consciente de lo que está pasando en su propio país.

VOZ TRES: ¡Que dimita! ¡Que se largue del país! ¡España no se merece a un monarca como este que no sepa poner ni una pizca de orden ante tanta corrupción!

MIRIAM: ¡Calmaros, mujeres! ¡Por supuesto que pienso ir al palacio real con Clara y tener un diálogo educado y civilizado con el rey para explicarle el panorama del momento! ¡No os preocupéis que tendréis vuestros derechos como que me llamo Miriam Álvarez!

En el palacio...

GUARDIA: Eh, eh, eh... ¿A dónde creen que van?

MIRIAM: Me gustaría hablar con Alfonso XIII, por favor. Le prometo que solo serán unos segundos. Es muy urgente que esté al tanto de lo que está pasando en su país.

GUARDIA: Bueno... Está bien, pasen. (al rey) Majestad, hay dos mujeres que les gustaría hablar con usted. ¿Las dejen pasar?

ALFONSO XIII: Claro, que pasen.

(pasan) MIRIAM: Disculpe, majestad. Me gustaría decirle que por favor, haga que las mujeres también tengamos derechos a votar en las elecciones y que apruebe una ley que acepte el divorcio como medida legal. Ah, y que también, ya que hay mucha gente que no es católica y, por lo tanto, no quieren casarse por la Iglesia, apruebe una ley que respete el matrimonio civil, para que todas esas personas puedan casarse y vivir felices.

ALFONSO XIII: (muy desganado) ¿Algo más? Como comprenderéis, tengo muchas cosas que hacer aparte de concederos a las mujeres el derecho de que podáis votar. Y ahora, marcharos.

CLARA: ¡Pero majestad!

ALFONSO XIII: Alberto, llévatelas de aquí ahora mismo.

GUARDIA: Enseguida, su majestad.

Fuera del palacio...

MIRIAM: ¡No lo aguanto más! Clara, tenemos que hacer algo para que dimita. Este maldito monarca me cae muy mal...

CLARA: ¿Y qué hacemos? ¿Quieres arriesgar tu vida solo para que dimita?

MIRIAM: Soy una mujer y lucharé aunque me cueste la vida por conseguir el derecho de todas las mujeres a votar y por el matrimonio civil y el divorcio. ¿Me ayudarás?

CLARA: Ay... te ayudaré solo por el hecho de que somos familia.

Base militar del ejército español.

PRIMO DE RIVERA: ¡Firmes! (todos se ponen en fila india) ¡Señores! Les comunico que acabo de recibir una llamada de nuestro rey, Alfonso. En ella se quejaba de que dos mujeres habían ido a su palacio exigiéndole que les dejase tener derecho a votar. También me ha confesado que su majestad tenía algo de miedo ante todo el país porque, visto lo visto, mostraban cierta... insatisfacción con su manera de gobernar. ¡Señores! ¡Tenemos que hacer algo con esto! ¡Martínez! ¡Narváez! ¡Quiero que sean los capitanes de esta operación! La llamaremos... Operación Triunfo. ¡Vamos! ¿A qué demonios esperan!? ¡Vayan a Calahorra a apresar a esas malnacidas y luego ya decidiremos qué hacer con ellas!

MARTÍNEZ: ¡Señor, sí señor!

Ante tanto escándalo que habían montado las mujeres calagurritanas en el mercadal en pleno día... ¿Cuál creéis que fue el resultado? La dimisión de Alfonso XIII, el pobre que ya no podía ni con el pellejo decidió marcharse de España y exiliarse para estar libre de todo problema. Mientras, en el mercadal...

MIRIAM: ¡Mujeres! ¡Lo conseguimos! ¡El muy cretino se ha fugado! ¡Ha dimitido!

CLARA: (dándose cuenta de que está el ejército) Esto... prima... Tenemos compañía.

MIRIAM: Ala... ya han llegado las marionetas del poder. (a las mujeres) ¡Corred a vuestras casas! ¡Que nadie pise la calle por ahora!

MARTÍNEZ: Por orden de don José Antonio Primo de Rivera, alias mi superior, os prohíbo continuar con vuestros planes de protestas y manifestaciones. (a los soldados) ¡Apresadlas!

MIRIAM: ¡Por mi cadáver!

MARTÍNEZ: ¿Cómo dice? ¿Prefiere morir por una mísera bobada? Vamos, señorita... Deje de hacer tontadas y sea obediente. Los plebeyos deben obedecer al ejército y a sus superiores. Los hombres tienen derecho a votar y a hacer con sus esposas lo que quieran. Las mujeres no. Vosotras tenéis que satisfacer las necesidades de vuestros maridos cuando lo necesiten y os lo ordenen.

MIRIAM: ¡Oiga usted soldaducho inútil! Pues sí, si tengo que morir por defender mis derechos, estaré encantada en hacerlo.

MARTÍNEZ: Señorita, no me tiente... ¡No me tiente!

CLARA: (susurrándole en el oído) Miriam, son muy peligrosos. Hazles caso, vámonos de aquí si no queremos morir.

MIRIAM: (voz alta) Vete tú si quieres. Yo me quedo para defender mis derechos.

MARTÍNEZ: Muy bien, como quieran. (a los soldados) ¡Atrapadlas!

MIRIAM: (a Clara) ¡Corre!

Miriam y Clara corrieron como nunca habían corrido. Ahora sí que les daba miedo ver peligrar sus vidas. Ese soldado parecía hablar muy seguro y le tenían miedo. Llegados a la Iglesia de San Francisco se dispersaron sin darse cuenta y cada una se fue por un lado. Hasta que de repente...

MARTÍNEZ: (tapándole la boca a Miriam) Te pillé.

MIRIAM: (intentando gritar) ¡Suéltame desgraciado!

MARTÍNEZ: Si cierras el pico te prometo que te soltaré. (Miriam se calla) Hay que ver cómo sois las mujeres...

MIRIAM: ¿Y Clara? ¿Dónde está mi prima? ¿¡Qué habéis hecho con ella miserables!?

MARTÍNEZ: ¿Esta te parece forma de empezar una conversación? ¿No crees que no es muy propio de una muchacha tan bonita como tú hablarle en ese tono tan fiero a un militar, encanto?

MIRIAM: (se ruboriza un poco) ¿¡Pero con quién cree que está hablando!?

MARTÍNEZ: (mirándola intensamente) Escúchame, no voy a capturarte ni matarte, ¿vale? Seré bueno contigo, encanto.

MIRIAM: ¿Por qué se empeña tanto en dejarme libre? ¿Por qué no me captura y me fusila si tiene suficiente coraje?

MARTÍNEZ: Porque sería una pérdida. Creo que eres una mujer fantástica, con mucha personalidad. Tus palabras impulsan a mucha gente a seguir luchando por lograr la igualdad de los demás.

MIRIAM: Nosotras, las mujeres, queremos tener el mismo derecho que los hombres a votar en las elecciones porque no me parece ni medio normal que solo vosotros podáis hacerlo. ¿Acaso creéis que somos inferiores igual que Hitler con los judíos? ¿Pensáis que somos incapaces de valernos por nosotras mismas? Pues no es así, chato. A mí la vida me ha enseñado muchas cosas, ¿sabes? De tantas desgracias que he tenido aprendí a defenderme por mí misma y a luchar por mis sueños. Y me juré a mí misma que no pararía hasta conseguir que la mujer tenga los mismos derechos que el hombre.

MARTÍNEZ: Lo que yo decía: una mujer con mucho carácter. ¿Y ahora me vas a decir cómo te llamas?

MIRIAM: Miriam. Me llamo Miriam Álvarez.

MARTÍNEZ: Martínez. Marcos Martínez (le besa la mano) Mucho gusto, Miriam. Tiene un nombre precioso.

MIRIAM: (riéndose) ¿Me está haciendo piropos?

MARTÍNEZ: Para nada. Solo le digo que me ha enamorado.

MIRIAM: ¿Cómo dice? ¿Está loco o qué?

MARTÍNEZ: Lo digo muy en serio. ¿Cree en el amor a primera vista?

MIRIAM: ¿Por qué debería creer? Si los hombres hacéis lo que queréis con nosotras. Yo no soy de esas que se van con cualquiera, ¿de acuerdo mozo?

MARTÍNEZ: (le acaricia la mejilla) Espérame esta noche.

MIRIAM: ¿Es una cita? Porque no quiero nada de usted.

MARTÍNEZ: No sea tonta. Hágalo. Es... una visita amistosa. Sin más.

MIRIAM: Bueno... Le esperaré porque mis padres me enseñaron a ser educada con la gente y porque... en fin, creo que me cae usted bien.

MARTÍNEZ: Dime dónde vives y te prometo que estoy allí antes de medianoche.

MIRIAM: Calle Grande. (señala el camino) Todo recto hasta subir esa gran cuesta y girando después a la derecha.

MARTÍNEZ: De acuerdo, encanto. Acuérdate de esperarme (le da un beso en la mejilla)

MIRIAM: (se ruboriza un poco) Si te pasas más de la hora acordada me iré a dormir.

Casi en medianoche...

MARTÍNEZ: (subiendo un poco la voz) ¡Miriam! ¡Miriam, que ya estoy!

MIRIAM: Justo a tiempo, Martínez. Llegas a tardar un poco más y me duermo como una marmota. Oye, le he estado dando vueltas a lo que me has dicho esta tarde y...

MARTÍNEZ: (mirándola intensamente) ¿Y? A ver si adivino... ¿También te has enamorado?

MIRIAM: (se ruboriza) Puede...

MARTÍNEZ: Vamos que sí jajajaja.

MIRIAM: Bueno sí. ¿Tampoco tenemos derecho las mujeres a enamorarnos o qué?

MARTÍNEZ: (pícaro) Si es que soy un amor. Todas las mujeres me quieren porque soy el mejor.

MIRIAM: (riendo) Tampoco te creas, ¿eh? Seguro que hay mejores que tú.

MARTÍNEZ: (haciéndose el chulito) No te creas, ¿eh? (cogiéndola por la cintura) ¿Te he dicho que eres preciosa?

MIRIAM: (bromista) Vaya, vaya, vaya... Pensaba que los militares no erais personas románticas. Os imaginaba con un corazón de hierro.

MARTÍNEZ: Y yo a las mujeres no me las imaginaba tan bromistas. (pausa larga) Esto... (Mirando al cielo) Se ha quedado buena noche, ¿verdad?

MIRIAM: (hace lo mismo) Sí, no hace aire ni nada y las estrellas están esta noche muy brillantes...

MARTÍNEZ: Pero la más brillante la tengo a mi lado.

MIRIAM: (riendo) Qué tonto eres, Marcos...

MARTÍNEZ: Te quiero, Miriam Álvarez.

MIRIAM: Y yo a ti, Martínez (se besan)

MARTÍNEZ: Escucha, me gustaría pedirte una cosa... Sé que pensarás que es una absoluta estupidez pero...

MIRIAM: (cortándole) Venga tonto, dispara.

MARTÍNEZ: ¿Quieres ser mi esposa?

MIRIAM: (aguantándose las lágrimas) ¿¡Cómo!? ¡¡Por supuesto que quiero!!

MARTÍNEZ: (la besa) Genial. Maldita sea, me acabo de acordar que tengo un problema...

MIRIAM: ¿Cuál es?

MARTÍNEZ: De aquí a unos días hay una guerra en Marruecos y... Por orden del presidente de gobierno Azaña tengo que ir, encanto.

MIRIAM: Lo entiendo. Es tu deber. Si quieres luchar por tu patria... Te estaré esperando. Esperaré a que vuelvas pero, por favor... Ten mucho cuidado y estate bien alerta.

MARTÍNEZ: Lo haré, amor (se besan)

26 de abril de 1931. Marruecos.

NARVÁEZ: ¡Martínez!

MARTÍNEZ: ¡Narvárez! ¡Tenga cuidado y manténgase alerta con los soldados marroquíes! ¡Ya hemos perdido bastantes vidas no queremos perder ni una más! (ve que un soldado marroquí intenta matar a su compañero) ¡¡Narvárez!! (lo aparta y el soldado marroquí le dispara) (Acto seguido, Martínez cae al suelo)

NARVÁEZ: ¡¡¡Por Dios, Martínez!!! ¡¡Martínez responda!!! ¡¡¡No se muera!!!!

MARTÍNEZ: (agonizando) Dígale a Miriam Álvarez que la quiero... (Escupiendo sangre) Prométame que se lo dirá. Dígale que la quiero, Narvárez.

NARVÁEZ: (Llorando) Se lo prometo, Martínez. (Martínez sonrío y muere)

5 de mayo de 1931. Calahorra, La Rioja, España.

NARVÁEZ: (buscando a Miriam) Disculpe... ¿Es usted Miriam Álvarez?

MIRIAM: Sí, ¿por qué lo pregunta?

NARVÁEZ: (aguantándose las lágrimas) Perdóneme por lo que voy a decirle pero... Martínez... Ha muerto en la guerra defendiendo el honor de su patria y de su bandera y me dijo personalmente que te diera la trágica noticia.

MIRIAM: (llorando) ¡¡¡No puede ser!!! ¡Marcos! (coge la pistola de Narvárez y se suicida)

